

RUMBOS OPUESTOS

POLÍTICA DE CORAZÓN Y POLÍTICA DE PANDILLAJE

Corazón; ánimo, ardimiento, brío, generosidad, benevolencia, amor... Pandillaje; asociación de gente mala e intrigante para trabajar en mútuo provecho... Frente a frente, como dos rivales de ceño rencoroso, quedan los dos significados, conforme al más estricto sentido castellano, para que nadie dude ni vacile en la interpretación de ambas palabras, simbolizadoras de tendencias abiertamente hostiles... Al decidírnos hoy a trazar un improvisado paralelo, acerca de las mismas, nos proponemos, como siempre, contribuir a desvanecer radicalmente una sensible confusión de términos que suelen aparecer amalgamados en la conciencia pública, desvirtuando los verdaderos objetivos de las distintas actuaciones políticas que tan variadas finalidades representan... Si todo ciudadano, como decía Cicerón, «llebase fijo en la frente lo que piensa de la cosa pública», se apreciaría meridianamente los que intervenían en la dirección de la vida del Estado poniendo en juego todas las nobles potencias de su espíritu—¡cuán pocos éstos!—y aquellos otros que—en tropel ambicioso de burda soldadesca borracha de botín!—se prevalecen de la inercia del mayor número para convertir el interés colectivo en provecho propio», según la magistral sentencia de un eminente pensador.

Más claro aún; si la máxima ciceroniana fuese un hecho general y positivo, quedaría catalogada en un instante la condición del ciudadano, vislumbrándose al detalle, sin trabajosos esfuerzos de refina, el mérito de las empresas que presidiere el corazón y el oprobio de los estímulos que persiguiera el pandillaje... A un lado los propósitos sin tacha, el sacrificio sin premio, el altruismo sin merced, la abnegación sin recompensa, el ideal por su propia idealidad, el servicio sin dádiva, la ofrenda generosa, el desinterés hecho bandera, el alma abandonada a la bondad, los impulsos más puros desbordados, el pensamiento sin mordazas, las ideas triunfando libremente como la libre esencia de las flores, el corazón deshecho en ansiedades, en tolerancias, en armonías y en amor. A otro lado la gatuza inmunda, el impudor vacío, la desvergüenza cínica, los sentimientos encharcados, la cerrazón espesa, el pantano sumido entre murallas, las libertades derrumbadas, el analfabetismo de los despotas entronizado neciamente, el espíritu refrigerado protegido bajo palio, la inteligencia sometida a las rutinas mediocres, el pandillaje desbocado en un vértigo de lucro, de egoísmo, de codicia y de rencor.

Y siendo así, teniendo cabida universalmente en la política estas dos calidades de fuerza, estas dos intervenciones contrapuestas, hondamente dispares, ¿cómo fundir en un haz apretado de energías actuantes sus actividades distintas...? ¿cómo trabar en un abrazo íntimo cuerpos que se repelen con instintiva obstinación...? ¿cómo coordinar incompatibles concepciones...? ¿cómo conducir por una misma ruta, y en idénticos instantes, al Sol que marcha hacia naciente y al Sol que ya camina hacia su ocaso...? Ni en la esfera de la razón menos robusta ni en la órbita de las posibilidades más elásticas, puede haber una amalgama semejante, o dicho con mayor propiedad, un conturbamiento tan disparatado y tan absurdo. Entendemos, contra la opinión del conocido adagio, que no basta querer... Hay voliciones de eficacia muy dudosa, hay—expresado en forma más llana—soldaduras de imposible permanencia, uniones de quimérico valor... De otro modo,

resultarían todas las cosas una sola; y si bien es verdad que en el laberinto de las especulaciones metafísicas no procede el desacuerdo con Schelling—«todo es uno y lo mismo», dijo el genial filósofo—, no es menos evidente que en el campo de las realidades descarnadas hay que pronunciarse partidarios de una previsora higiene de la piel que la inmunice contra los contactos perniciosos...

El pandillaje se mueve en un círculo mezquino, de propias conveniencias, de propios y ciegos intereses, horros de comprensibilidad para las prerrogativas ajenas y embotados de sordidez, de saña inconfesable, para los beneficios ferrozmente exclusivistas; para él, para el pandillaje desecado, no existe, si labora en la política, sean cualesquiera los países y las latitudes donde reine, mas que un punto inicial y decisivo; transformar el arte político en una baja escuela de supercherías, menospreciando todos los principios del Derecho Público moderno y todas las normas de decencia cívica en que deben inspirarse los regidores de Naciones.

El corazón, por el contrario, se agita dentro de una llamarada de entusiasmo, que todo lo arriesga y nada quiere; en un arrebatado frenesí de perfecciones, de grandezas, de traslúcidas alas extendidas hacia las regiones de donde huyeron las tinieblas a los mágicos besos de lumbre de una exaltación ennoblecida por ideales nuevos, realmente nuevos, que en una revulsión política en entonaciones amplias y magníficas, pueden aplicarse a las exigencias humanas en la medida indispensable y oportuna, sin abusos humillantes de Poder y sin olvido de los derechos inherentes, a la colectividad dignificada. Otro medio distinto de obrar, como intérpretes de las funciones públicas, no estará nunca dirigido a velar por la justicia pura, sin adaptaciones individuales, fuente inagotable del orden, de la libertad y del progreso.

El poder personal, arbitrario, absoluto, cuenta y ha contado siempre con muy escasos defensores, siempre que éstos sean desapasionados y ajenos en un todo a las directas conveniencias de ese mismo Poder; dentro de la ciencia política, y de las actuales doctrinas que ruedan por el mundo es imposible su defensa... El despotismo, según Montesquieu, es la forma de gobierno en que uno solo rige y gobierna, sin otra ley que su voluntad, y su capricho... Por eso Aristóteles le reputó como «contrario a la naturaleza social del hombre»; por eso pesa sobre él la antipatía, el anatema, la condenación implacable, de todos los hombres de amplio espíritu, que saben conceder a la náusea todo su valor asqueroso...

El corazón, el pandillaje... ¡Comprendéis ahora, a fondo, la profunda irreductibilidad de estos dos términos...? ¡Imagináis ahora, claramente, la imposibilidad de un lazo que les una, que les ate en cordiales emociones, para la encarnación perfecta de una política ideal, verdadera, elevada...?

Sus rumbos, indefectiblemente, son opuestos...

Pero... ¿hemos dicho política ideal, verdadera, levantada...

¿Cómo es esa política?

¿En qué consiste su idealismo, su veracidad, su elevación...?

En el número próximo lo puntualizaremos.

MANUEL CAMACHO BENYTEZ.

DESPUES DEL CARNAVAL

La tristeza de Pierrot

Aquella noche, noche de carnaval, Pierrot, insensible, daba vueltas por el salón de baile, sumergido en los oscuros pensamientos de su cerebro, sonriendo con senrisa amarga, como sonríe un suicida en el crítico instante de su liberación, sin que las sugerencias de la orquesta que trataba la locura canalla y nerviosa de un «fox-rot», ni las carcajadas estúpidas y falsas de las máscaras, ni la lluvia policroma del confetti, ni el juego ondulante de las serpentina, ni los gritos, ni los ruidos que se hacían al descorchar una botella, fueran motivos suficientes para esfumar de su alma la tristeza que hubo recogido en los espinosos caminos de la vida, cuando marchaba en busca del amor de una mujer... ¡De una mujer que vendió el alma, por capricho..., por trivialidad...!

II

Yo vi a Pierrot, después de haber transcurrido unas horas, en un ángulo de la sala sentado en un rojo diván junto a una Colombina, tocada de raso y cubierto con un antifaz rojo, su rostro encantador—así lo adiviné por el brillo de sus ojos y de su boca roja como la fresa...

Como no hubo perdido ninguno de sus movimientos, me espoleó la curiosidad, y disimuladamente, me coloqué junto a la pareja que así dialogaba:

—Pierrot, no soy Colombina... soy Carmela... ¡Tu Carmela...! que esta noche ha venido aquí para observarte, presumiendo tu diversión, sin recordarte que yo existía...

—Colombina... o Carmela... sí, he venido a esta fiesta como pudiera estar paseando las calles desiertas de la ciudad siempre bajo el fardo pesado de mi pena, bajo el letargo de mi tristeza, sin poder poner mi espíritu en los diversos estados de la diversión y de la risa... ¡pero sin acordarme de ti...! Amor hace sufrir a mi corazón causándole estragos; mas tú su inspiradora... ¡me olvidaste...! Porque creíste en mis sentimientos y al notar su pureza y verdad, viste en mí «un preso», un eterno esclavo con el que se podía jugar caprichosamente... ¡Y ya no puedes tener cabida en mi pecho...! Disfruta de las locuras que te brinda esta noche, excita tu espíritu, fatiga tu materia, pero déjame sólo, sólo... ¡Vote, Carmela...! ¡Vote Colombina...! ¡Carmela...! Colombina...

Y la tal levantóse, y huyó; mas siguió bailando y riendo, para no notarse el dolor que le producía la herida que en el alma había abierto Pierrot...

III

Ya de madrugada, Pierrot paseaba por entre los jardines de la avenida Rosacore, que se alumbraba con el calor de una luna en menguante, pálida, muy pálida, y con los ojos fijos en el cielo, contemplaba las rútilas estrellas cual si éstas fuesen objetos materiales que avivasen la memoria de sus amores rotos, quebrados y tristes, y el recuerdo de la mala mujer que dejó en su alma, para siempre, una marca indeleble de tristeza amarga. ¡De tristeza infinita...!

ALEJANDRO ALCAIDE REDONDO.

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Benítez, Director; David Rayo, Redactor Jefe; Jesús Gómez Rodríguez, redactor y Administrador; Tomás Almodóvar, Rulo Fernández, Alberto López, Rogelio Hernández de la Torre, Gabriel Vicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpio, Ramón Cafilares, José Almodóvar Múgica, Alejandro Alcalde Redondo y Ramón Cabañas.

COLABORACION: Alejandro Alcalde, Carlos Calatayud, Angel Dotar, Francisco Tolosa, Luciano de Cea, Ramón Carande, Migue Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marín, Ramón Ordóñez Boix, José Ramón Quesada, Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Buñ, Mercedes Pinto y Antonio Alarcón Capilla.

LA TRAMOYA POLITICA

El decoro de nuestra estirpe intelectual.

LA TIERRA HIDALGA no ha sido nunca un libelo.—La censura y nuestro artículo anterior.—El «bel morir».—La función crítica.—Nuestro decoro intelectual.

Las actuales circunstancias plantean a los que escribimos este periódico una fundamentalísima cuestión. Tan fundamental y tan básica para la ruta ulterior de LA TIERRA HIDALGA que es imprescindible y categórico que se despejen los vapores de niebla que amenazan velar, hasta la cerrazón el alma y el espíritu de esta página viva de ideal y de fervor romántico. Reiteradamente, con una insistencia casi tozuda y deletreante para que llegase a la pétrea corteza de ciertos cerebros y al cerroso receptáculo de muchos corazones, hemos proclamado que LA TIERRA HIDALGA nació como un desbordamiento generoso de romanticismo y de idealidad. Que era el resultado de una viva iluminación de amores por todo lo bello, por todo lo justo, por todo lo noble, por todo lo altruista, por todo lo desprendido y por todo lo inmaculado. Que se produjo como contraste contra la vida insulsa que corrompía toda la vida pública española hinchada de humores y de vergüenza; que se precipitó de un torrente de bondad para maldecir del bandolerismo canalla de las viejas arpas políticas que encenagaban de lodo la rútila magnificencia de una nación más digna, de una pulsación austera y progresiva; que venimos al torneo de las preocupaciones regionales con una fiera y brava impulsión iconoclasta, dispuestos a poner en crítica valores, ídolos y hierofantes de una hinchazón de sermón y de vacuidad a trueque de recoger todas las infamias y toda la viscosa baba que los reptiles soltaron para empañar nuestra obra, profundamente, vitalmente revolucionaria y rebelde... «El que crea en mí, que me siga», porque soy la Verdad...—dijo Cristo—y repetimos nosotros «creyendo» servir las devociones más puras de la justicia y del patriotismo.

En estas páginas han palpitado las condenaciones más agrias, más tenaces, más rotundas contra la caciquería que maldice ahora el Directorio militar; fuimos nosotros los paladines de una cruzada que clamaba para el solar manchego una depuración más severa y más pulcra en la cristalización parlamentaria y ciudadana. Nuestra pluma nunca sometida a motivaciones de favor, de padrino y de enroscamiento a las pandillas, vibó, como un rugido, contra todos los tópicos que plasmaron después los hombres del Directorio.

Y si el anhelo inicial, la justificación que destacaba en aquel manifiesto del Sr. Primo de Rivera al derribar el viejo tirabuzón de Maeso Pedro—¡Oh terribles ironías de D. Miguel de Unamuno!—concuera con el eje madre y aborigen de

LA TIERRA HIDALGA, qué rectificación se nos señala ahora para críticas y comentarios que entroncan en inspiración con el credo de toda nuestra vida pública? ¿Acaso hemos mudado la envoltura intelectual de nuestras consecuencias doctrinales? ¿Acaso hemos rectificado la ruta, hemos torcido la significación de nuestros juicios, desbordados siempre de un deseo pristino de depuración y educación cívica? ¿O han sido los otros, los «elegidos» en esta integración reciente de nuestro Municipio, los que en una grotesca pluma de comodín y equilibrio, plagaron sus alas de gorrión al mito glorioso del triunfador?

Creemos servir honradamente los intereses de Almagro, la vitalidad del porvenir de nuestra tierra significando nuestro leal criterio.

Se nos dirá: ¿pero es que la intención del representante militar no tuvo por norma la selección de valores en un conjunto de solvencia y de prestigio que respondiese a una sensación de idoneidad y competencia administrativa? Bien. Pero fracasado el intento, admite posibilidad de concordancia la competencia del Concejo «sustituyente» con la incompetencia del Ayuntamiento «sustituido»? Y en definitiva ¿acaso no flota como una verdad inconcusa en el espíritu de la ciudad, que el intento de integración de un Municipio de independencia franca, se malegró quizá, «en parte» por la «sa-gacidad» y el «denuesto» con que trabajaron en la conjura los santones de la vieja política destronada? ¿No se mascaba en el ambiente la movilización de todos los resortes para defraudar el posible anhelo de la población?

Entendemos que el derecho de crítica—con las restricciones consiguientes de ponderación, de ecuanimidad y de mesura, es un derecho integralmente anejo a la personalidad civil.

Y este es el problema. No tenemos nosotros el gesto de Román Rolland; acatamos la censura con corrección. Pero de ello a descender el linaje espiritual de LA TIERRA HIDALGA a una mera gaceta cortesana, de casa y boca, a las órdenes del actual Alcalde de Almagro para inflamar el oráculo de la «posterioridad», con la «magnificencia» de su verbo; el claviz de la integridad de nuestro decoro intelectual para la gloria doméstica del mito almagreño... dignamente, gentilmente, preferiríamos apuñalar el corazón de esta obra periodística y hacerla añicos con la punta de nuestra pluma, con la selectación morbosa y la fruición exquisita del placer niebachano de la muerte del superhombre...

PAJARITAS DE PAPEL

MARZO VENTOSO

Mes predilecto de Eolo porque como en él impera, si le da la ventolera por soplar, se queda sólo, y con fuertes vendavales y chubascos volentes, obsequian los elementos a los sufridos mortales, los que aguantan resignados, sin la más leve protesta, la perspectiva molesta que les ofrecen los Hados y con calma, que yo alabo, se limitan a decir los males que han de venir como Marzo «tuerza el rabo».

No traen solo-malandanzas las veleidades del viento, porque a veces, gran contento nos producen sus mudanzas, pues como dice la copla, de nuestra vida el rodar, causa alegría o pesar, según como el viento sopla...

Cuando un fuerte ventarrón se levanta, huracanado,

todo «mirón» redomado tendrá propicia ocasión de contemplar a hurtadillas, de las hembras hechiceras—jamonas o tobilleras—las ebúrneas pantorrillas, y si llevan poca ropa y el viento le da de espalda, al ceñirse la falda caminarán «viento en popa», y embobados y contentos con tamaños alicientes detrás, los impenitentes irán bbiendo los vientos.

En estos benditos días del ayuno y la abstinencia, deglutimos con frecuencia el potaje de judías, que produce un flatulento embarazo digestivo, y da frecuente motivo para que circule el viento.

Aun cuando sólo mediado va este mes «soplón y airoso», me tiens, por lo latoso, aburrido y fastidiado, y pienso, con un burlesco y placentero mohío, despedirlo, cuando al fin se marche con «viento fresco»!

TOMÁS ALMODÓVAR.